

**7º CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS HIPERBREVES
UNIVERSIDAD POPULAR DE TALARRUBIAS
(BADAJOZ. ESPAÑA)**

GANADOR DEL CERTAMEN

CONATO DE INCENDIO

El sol rojo que arde en el cristal de la ventana quiere quemar mi casa.

Pedro del Niño Mogollón

(Bucaramanga. Santander. República de Colombia)

VALORACIÓN DEL JURADO

“El relato *Conato de incendio* resume en su brevedad, especialmente llamativa, los rasgos de este género narrativo: una voz indeterminada, un fragmento del tiempo que debemos encajar en la realidad y, muchas veces, compartir... Y, al mismo tiempo, posee un singular tono lírico que lo acerca al verso, al timbre de algunos poetas españoles de nuestro tiempo, y que por esa misma condición poética gana en sugerencia y posibilidades antes el lector, que deja el texto pero al mismo tiempo mantiene la fuerza de la imagen, intensificada en la fuerza del título.”

El Jurado

En Talarrubias, a 23 de abril de 2013

**7º CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS HIPERBREVES
UNIVERSIDAD POPULAR DE TALARRUBIAS
(BADAJOZ. ESPAÑA)**

SELECCIÓN DE OBRAS

Último round

Camacho miró cómo la muerte lo apuntaba detrás del vidrio del auto. De inmediato supo su destino.

Nadie le gana a la muerte, se dijo, pero por lo menos trataré de cansarla. Acomodó sus hombros, respiró profundo y miró a su contrincante, hacia su centro cónico. Cuatro días duró la pelea, 1920 round.

Perdió por puntos.

**Juan Manuel Montes Delsouc
(Ciudad de Luján de Cuyo. Mendoza. Argentina)**

Sesión continúa

El día que repusieron *Casablanca* en el cine de verano hacía tanto viento que a Humphrey Bogart se le voló el sombrero y fue a parar a la fila siete, justo en mis rodillas. No pude evitar ponérmelo. Cuando terminó la película el cielo se había vuelto gris. Un hombre que se ocultaba entre sombras me sonrió. Llovía y por alguna ventana se escapaban las notas de un piano. Una chica me pidió fuego. Yo no fumaba, pero me entraron unas ganas irresistibles de encenderme un pitillo y llamarla muñeca. Desapareció en un Austin blanco. Paré un taxi y dije: ¡Siga a ese coche! Pero la perdí. Al llegar a casa me esperaba sentada en el sofá con un vestido negro. Me quité el sombrero y lo dejé sobre la mesa. Cuando iba a besarla, alguien gritó ¡corten! y todo recuperó su aburrido color original.

Ernesto Ortega Garrido (Madrid. España)

SOLO DIEZ MINUTOS PARA ESCRIBIR

Tengo sólo diez minutos para escribir a pesar de haber tenido libre toda la mañana y haberla perdido pensando en ti y haciendo cosas inútiles y fáciles para refrenar el alma y salvarla de hacer el “crack” definitivo que me llevará al abismo. Mi mente sólo debería pensar en comas, metáforas, recursos literarios y sentir esa paz al pulsar las teclas blandas de mi ordenador. Sin embargo, durante horas solamente pensé en ti y me odie, por eso y por mi carácter flojo y huraño, incapaz de apostar por mi o creer en mi reverso bueno de la suerte. Durante toda la mañana te imaginé, perfecta como estás siempre, tranquila como yo nunca estoy, y envidié tu capacidad de vivir la vida sin necesitar apenas nada. Durante toda la mañana miré el reloj del microondas y sólo pude desearte a ti y ahora sólo me queda agarrarme a diez minutos que cuelgan de mi conciencia para recordarme que lo único que me salva es escribir, y que quizá, en menos de veinte líneas a formato Times New Roman de 12 pueda llegarte y con sólo dos minutos restantes ya pueda pensar de nuevo en ti y....sonreír.

Mayte Pérez Serrano (Lugones. Asturias. España)

EL CUADRO QUE MIRA A UN HOMBRE

Nunca le ha interesado el arte, tampoco ahora, pero desde hace tres años Juan acude todos los días al Museo. Su recorrido es invariable: entra, saluda con amabilidad al conserje, sube lentamente al primer piso y accede a la sala 5, donde se sienta, siempre frente al mismo cuadro. Los celadores ya no se sorprenden, todos conocen la historia del anciano visitante; la mujer del óleo, recreada hace más de cuarenta años por un pintor excelente aunque poco conocido, era su esposa. En la tela se la ve sentada en una mecedora, con un libro en su regazo, mirando de soslayo al espectador. Los ojos y el semblante de la joven, enmarcados en un bello rostro latino, evocan una sensación de paz y sosiego que no pasa desapercibida al observador. Cada día, el hombre llega a las doce y permanece quince minutos ante la pintura, despidiéndose con un “Hasta mañana, Isabel”. Una vez alguien le preguntó por qué seguía viniendo. “*Maldito idiota*”, pensó entonces la mujer del cuadro sin mudar su dulce expresión, “*cualquiera entendería que Juan necesita transmitirme que me seguirá amando hasta el final*”.

Rafael Sastre Carpena (Valencia. España)